

RAFAEL AZCONA

Viaje a una sala de fiestas

y otros escritos dispersos

(1952-1959)

Edición, prólogo y notas de SANTIAGO AGUILAR

ÍNDICE

De la falacia de la censura como acicate de la creatividad, por Santiago Aguilar	7
Aviso al lector	13
LOGROÑO NO ES UNA FÁBRICA DE PASTILLAS DE CAFÉ CON LECHE	15
El pueblo de mi madre	16
Logroño	19
Doña Ascensión	21
Fernández	23
El café del domingo (Poema casi en prosa)	25
Viaje a una sala de fiestas	27
San Antonio 1956	36
LOS GRANDES INVENTOS	39
La verbena madrileña	40
El café	42
El reloj	43
El gato	45
El cine	47

VIDAS EJEMPLARES, PERO MENOS	49
La vida en blanco (Biografía para honestos)	50
La vida en rosa (Biografía para ilusos)	51
La vida en negro (Biografía para pesimistas)	53
La vida en verde (Biografía para optimistas)	54
El pequeño Ruibarbo (Cuento para adolescentes)	55
El asco es de aúpa	58
El niño rico	60
El anciano saltimbanqui	62
Barba	64
REALISMO FANTÁSTICO	67
En torno al socavón	69
Susto en Marte	71
Mi mosca	73
Historias lamentables: La vaca barbuda	75
Gallina emprendedora	78
Gallina chistosa	80
Extraño «espontáneo» (Cuento que parece de verdad)	82
TEATRO PARA LEER EN LA CAMA	85
Pompa y vanidad (Comedia bastante alta)	86
Morena y con ojeras (Fantasía arrevistada con música, luz y alegría)	89
¡Viva el folklore! (Bobada con música en dos pedazos)	92
Enferma incurable, pero no tanto	95
INDIGNACIÓN	99
En mangas de camisa	101
Habla doña Vicenta: El cine	103
El inviolable domicilio	105
Arte fotográfico	108
Ancianito	110
Primavera	112

HUMOR ESTACIONAL	115
Verano, ¡hola! (Poema casi en prosa)	117
Tragedia primaveral	119
Hoy hace casi cien años	121
La piscina, obsesión de nuestro siglo	122
Empiece su vida con el desayuno...	124
Meditación en torno a la muerte de la mosca	126
Cuentecito de primavera	127
¡AH, EL AMOR!	131
Amor platónico	132
Suicida idiota	134
Tenorio ingenuo	137
El amor es tremendo	139
Amor de verano (Novelita rosa, pero poco)	142
EL TALLER DEL ESCRITOR	145
Eso no se toca (Cuento bastante triste)	148
Postal de Almuñécar	150
Postal de Tenerife	152
Amor y economía	154
Postal de Ibiza	157
Ahorro (Cuento poco ejemplar)	160
Viaje a una piscina	162
La miel en la luna	164

DE LA FALACIA DE LA CENSURA COMO ACICATE DE LA CREATIVIDAD

Santiago Aguilar

QUIENES DEFIENDEN EL VALOR que pudo tener la censura durante el franquismo como espolique de la imaginación no tienen más remedio que obviar las bajas colaterales, los cientos de criaturas nonatas o nacidas con malformaciones congénitas, a las que esta práctica perversa dio lugar.

El caso de Rafael Azcona en sus colaboraciones cinematográficas con Luis G. Berlanga es un ejemplo flagrante de ello. El éxito internacional de *El verdugo* (1963) supuso el ostracismo para ambos colaboradores, que se vieron obligados a rodar *La boutique / Las pirañas* (1967) en Argentina y *Tamaño natural / Grandeur nature* (1974) en Francia, con apenas una escala en Sitges para sacar adelante la nunca bien comprendida *¡Vivan los novios!* (1970).

Claro que, mientras tanto, Azcona colaboraba en Italia con Marco Ferreri y Gian Luigi Polidoro y, gracias a su participación en varios guiones de Carlos Saura, entraba a formar parte de la factoría Querejeta. Trabajó además con directores veteranos y con los aguerridos muchachos de la Escuela de Barcelona. Entretanto, el que no salieran adelante las películas que ideaba con Berlanga, no significaba que no les dieran vueltas.

Pero empecemos por el principio. Y el principio tiene lugar cuando Azcona conoce a Mingote y el dibujante lo lleva a la redacción de *La Codorniz*. Entrar a formar parte de la plantilla de la revista de humor más prestigiosa a principios de la década de los cincuenta no garantiza los ingresos para satisfacer pensión, comida y alguna alegría de vez en cuando, así que ambos amigos colocan también sus colaboraciones en otros medios periodísticos bastante más pintorescos.

Uno de ellos es la revista femenina de Acción Católica *Cumbres*, donde Azcona debe adelgazar la ironía casi hasta la consunción y firmar sus colaboraciones como «Rafa», una especie de hermano mayor de las chicas a las que van dirigidas sus artículos. Estos textos constituyen apólogos morales y giran en torno a temas de máxima preocupación para las muchachas de buena familia. Por ejemplo, a propósito de las deficiencias de los espectáculos populares, como el cine, con respecto a los de postín, como la ópera. Para ello creará un personaje que solo podría tener un desarrollo completo en *La Codorniz*, debido al estrechísimo margen de maniobra del que dispone en el semanario juvenil femenino. Las dos entregas protagonizadas por la beata Doña Vicenta son apenas un esbozo de ese fenómeno del *energumenismo* cavernícola que bautizará como Don Herminio en «la revista más audaz para el lector más inteligente» y al que están dedicadas las mejores páginas de los dos primeros volúmenes que esta casa ha titulado genéricamente *Todo Azcona en «La Codorniz»*.*

Si cuesta imaginarse al joven y famélico Azcona en el ámbito de esta especie de boletín parroquial, no es difícil comprender el cultivo de las colaboraciones anónimas en el papel cuché de la selecta revista de decoración *Arte-Hogar*. Él mismo ha relatado que,

* ¿Por qué nos gustan las guapas? (1952-1955) y ¿Son de alguna utilidad los cuñados? (1956-1958). Logroño: Pepitas, 2012 y 2014.

AVISO AL LECTOR

EL CRITERIO DE SELECCIÓN de los artículos publicados en el presente volumen ha atendido a limar las reincidencias inherentes a la colaboración semanal y a rescatar lo que de verdaderamente valioso había en este caudal sumergido de humorismo azcónico.

No fue algo habitual, pero en ocasiones reimprimió en *Pueblo* algunos cuentecillos que ya habían aparecido en *La Codorniz* con anterioridad. Sucede, por ejemplo, con media docena de colaboraciones publicadas en el diario sindical en el primer semestre de 1956 que ya habían aparecido en la revista dirigida por Álvaro de Laiglesia en el otoño de 1952.* En cambio, el reciclaje de títulos o la inserción en determinadas series puede llevar a engaño: «La vida en negro», «La vida en rosa» o «La vida en verde», incluidos en *La Codorniz* por esas mismas fechas, no tienen nada que ver con sus homónimos en *Pueblo* y nos apresuramos a rescatarlos del olvido para que el lector curioso disponga de elementos de comparación. «Hoy hace casi cien años», de la que hubo una sola entrega en *Pueblo*, es otra serie que tuvo continuidad en la revista dirigida por Álvaro de Laiglesia.

La selección temática ha afectado también a la organización de los capítulos, precedidos de una breve introducción. El lector es muy dueño de saltársela a la torera y seguir el curso de la crea-

* Todos ellos forman parte de *¿Por qué nos gustan las guapas?* (1952-1955).

ción azconiana. Quien así lo haga verá que hay un hilo oculto que conduce de cada bloque al siguiente. Quien opte por tener antes las claves de cada capítulo encontrará en dichas presentaciones un anecdotario rico e iluminador de una época de la que Azcona fue cronista más que consciente.

Al final de cada artículo figura la fecha y el medio en el que apareció.

Si bien en *La Codorniz* Azcona desplegó un repertorio de firmas, siglas y seudónimos —algunos de los cuales todavía lo siguen escondiendo—, la mayoría de los artículos que publicamos vieron la luz con la firma de Rafael Azcona, salvo las colaboraciones en *Cumbres*, que firmaba como Rafa, y alguna vez en la que aparece únicamente su apellido.

Por último, hemos procedido a corregir las erratas evidentes y hemos actualizado la acentuación y la puntuación conforme a las reglas hoy vigentes. Por lo demás, la prosa a veces jocunda, a veces sarcástica, siempre incisiva de Rafael Azcona sigue tan rozagante como cuando salió de su máquina de escribir.

LOGROÑO NO ES UNA FÁBRICA DE PASTILLAS DE CAFÉ CON LECHE

A lrededor de «Viaje a una sala de fiestas» hemos reunido una serie de viñetas que toman el pulso al tiempo contemporáneo o rememoran el pasado. Tienen en común un humor melancólico, nunca nostálgico, en el que priman los tintes ora grotescos, ora evocadores, como en «El pueblo de mi madre», soberbia estampa de un verano infantil en casa de los abuelos maternos, en Cripán (Álava), o en «El café del domingo», ronda de personajes desesperanzados en cuyo estrambote el autor se presenta como uno de aquellos ilusos que protagonizaban la que sea acaso su mejor novela.

Al tiempo, este primer capítulo ilustra el viaje de Logroño a Madrid al incluir dos de sus colaboraciones en *Codal* una vez ya instalado en la Villa y —entonces no— Corte. Esto es, la metamorfosis del poeta provinciano en humorista al dejar de mirar la luna y ponerse a observar a sus congéneres.

EL PUEBLO DE MI MADRE

ME DABAN LAS VACACIONES, empezaba a apretar el calor, se enteraban mis padres de que me había bañado en el río, y decidían enviarme «al pueblo»; una tarde, cuando Logroño era el lugar más hermoso del mundo, me compraban unas alpargatas de cáñamo y me ponían en manos de Calixto. Calixto, hombre de pocas palabras, fuerte como un toro y propietario del único vehículo a motor existente en el pueblo de mi madre, me instalaba en la cabina de su camión, y sin darse cuenta de lo triste que me ponía aquel viaje hecho en el atardecer, me sacaba de mi ciudad por el Puente de Hierro.

La tristeza resultaba tolerable mientras rodábamos por la carretera de Vitoria, entre el familiar paisaje de regadíos y viñedos, sin separarnos demasiado de las riberas verdes del Ebro; lo peor empezaba en Asa, al tomar aquel camino sin asfalto, empinado y retorcido, que salvaba barrancos, trigos y olivares, atravesaba Lanciego entre dos luces, y nos dejaba en Cripán, junto a la sierra de Toloño, cuando ya había cerrado la noche. Habíamos recorrido menos de veinte kilómetros, y, sin embargo, yo me sentía perdido y solo en el último rincón de la tierra.

La casa de mis tíos era de piedra. Ellos sentían llegar el camión y me esperaban en el portal, sobre el suelo de tierra apisonada. Hasta él llegaba el calor de la cuadra, situada al fondo, y mientras subíamos por las escaleras me preguntaban por la familia. En la cocina, pequeña y encalada, ardía un fuego que nada tenía de

de la palanca, yo estaba seguro de que mi viaje al pueblo de mi madre había sido más importante.

Y más divertido, claro.

Arriba, 2 de agosto de 1959

LOGROÑO

EN DEMASIADAS OCASIONES SUCEDE que, al ser presentado a la gente, la gente, al enterarse de que yo nací en Logroño, casi se muere de risa. Cuando las carcajadas se lo permiten, la gente me pregunta:

—¿Y cómo demonios se le ocurrió a usted nacer en un sitio tan raro?

La gente debe estar convencida de que Logroño es una fábrica de pastillas de café y leche. Yo —que conozco al prójimo— sé que no me serviría de nada explicar concienzudamente que Logroño es una ciudad, con sus casas, con sus hombres, con sus problemas de la vivienda y con todo eso que deben tener las ciudades conscientes de su responsabilidad. Por eso, en lugar de referirme a estas cosas —que nadie se iba a creer, porque ¡bueno es el prójimo para creerse la verdad monda y lironda!—, voy y le explico a la gente:

—Yo nací en Logroño porque era el lugar más cercano a la casa en que vivían mis padres. Ya sé que a usted le haría mucha más ilusión el que yo hubiera tomado contacto con el mundo en Baltimore o en algún sitio así; pero, ¿qué iba a hacer yo en Baltimore sin saber inglés? La cigüeña, abandonándome en un portal, me hubiera condenado a la muerte por hambre, porque, ¿cómo

DOÑA ASCENSIÓN

ES UNA VIEJECITA MENUDA, enlutada y simpática. Llega todas las tardes a la misma hora —las tres— a este café, con su cargamento de cupones de los ciegos a diez céntimos, y su vocecita mínima y cascada, su vocecita que repite sin molestar:

—¡Pueden tocar!... ¡Pueden tocar!...

Cuando ella entra por la puerta giratoria, Manolo, ese barman que siempre se está mirando en el espejo, grita:

—¡Marche uno a modo para doña Ascensión!

Y doña Ascensión, mientras ocupa su puesto al final del mostrador, frente a la cajera, agradece:

—¡Buenas tardes, Manolo! Hoy te traigo un capicúa fenómeno...

Porque doña Ascensión no es como esas viejas que se resisten a pronunciar ciertas palabras nuevas; ella dice «fenómeno» y «pertinaz» y, hasta alguna vez, «oftalmólogo».

Sí; doña Ascensión es una viejecita simpática. Nunca vocea su mercancía en tono quejumbroso ni nunca canta lástimas: menudita, enlutadita, con voz mínima y cascada, canta:

—¡Pueden tocar!... ¡Pueden tocar!...

Y la gente se lo cree, y le compra, sin deseos de sentir la sucia satisfacción de hacer la caridad: los números de doña Ascensión están exentos de gravámenes sentimentales. Son, simplemente, papelillos que pueden dar para pagar el plazo de la radio, el empaste de una muela o la permanente de mamá.

Cuando le sirven su café, doña Ascensión se echa a la espalda sus tiras; quiero decir que suelta el alfiler que las sujeta a su pecho

amparo, de su viudedad, de lo guapo que era un hijo que se le murió y de lo caro que está todo.

Codal, n.º 20, octubre-diciembre de 1953

FERNÁNDEZ

FERNÁNDEZ ES ESA SEÑORITA que está siempre sentada en la mesa del rincón. Llega a las cuatro, pide un café, se lo toma, coloca sobre sus rodillas al gato del establecimiento y pone a disposición de cualquiera todo lo que contiene esa vieja cartera de la que nunca se separa.

Uno puede pedirle la cosa más rara: Fernández la tiene.

—Fernández, ¿me dejas un lápiz verde?

Fernández extrae de su cartera el lápiz.

—Fernández, ¿tienes un atornillador?

Fernández lo saca y lo ofrece con una sonrisa.

—Fernández, ¿no tendrás goma de pegar?

Fernández hace brotar en su mano un tarro enorme.

Da gusto.

Al principio, todos nos resistimos un poco: la señorita Fernández tiene, además de todo lo que uno pueda pedir, demasiados años para que resulte agradable el invitarla a café. Pero pasaron los días y no hubo manera de mantener la barrera que intentábamos establecer entre ella y nosotros: Fernández la derribó a fuerza de amabilidad, de sobres de todos los tamaños, de papel de barba, de luto, de grano grueso, de grano fino, de compases, de hojas de

hacen solo aptas para sargentos, tiene el buen gusto de no protestar: se limita a desviar la mirada de su interlocutor y pide en vaso de agua.

Bueno; creo que sí sé por qué sigue siendo nuestro *valet*: Fernández se siente muy bien ante Julio, ese correctísimo, elegante y excelente muchacho que habla saltando de circunloquio en circunloquio hasta cuando se refiere a algo tan impersonal como la vida de los esquimales, para evitar el riesgo de ser inmodesto.

Yo le he dicho alguna vez a Julio:

—¿Por qué no te casas con Fernández?

Y él, muy serio, me ha contestado:

—¡Por Dios...! Es una muchacha demasiado buena.

Tiene razón. Desde hoy la voy a llamar por su nombre. Rosa...

Codal, n.º 21, enero-marzo de 1953

EL CAFÉ DEL DOMINGO (POEMA CASI EN PROSA)

EL CAFÉ ES MÁS café que nunca los domingos por la tarde, cuando sobre sus divanes quedan varadas las familias numerosas, cuando en sus rincones se refugian las parejas de novios pobres, cuando sobre sus tazas se inclinan las tostadas barbas de los viejecitos carteros, cuando los camareros empiezan a pensar que acaso sea verdad que ahorrando puede uno llegar a ser rico.

La atmósfera azul y pesada que producen al alimón el humo de los cigarros puros y las emanaciones animales de todas las gen-

LOS GRANDES INVENTOS

HE AQUÍ LA HERENCIA de *La Codorniz*. Vale decir, el legado de Antonio de Lara Tono y Miguel Mihura, al que ningún humorista de posguerra es inmune. Se trata del humor hecho a cuerpo limpio, como la magia de cerca, sin que el lector advierta el truco a pesar de tenerlo a la vista.

No en vano, el primer acto de la única comedia que Tono y Mihura escribieron a cuatro manos estaba protagonizado por un heterogéneo grupo de ideadores de invenciones absolutamente inútiles. Estos inventos nutrieron las páginas de *La Ametralladora* durante la Guerra Civil y fueron recurso frecuente en *La Codorniz* a partir de 1941. Por eso nos ha parecido pertinente colocarlos aquí, al principio, entre las cosas que Rafael Azcona había asimilado en su aprendizaje como humorista y que utilizará también fuera de su hábitat natural.

Eso sí, asimilación no significa mimetismo. Azcona somete la fórmula a un personalísimo efecto parabólico que le permite levantar el vuelo de la imaginación para volver a tomar contacto con la realidad. De este modo, a lo largo del verano de 1955 da razón en las páginas de *Pueblo* del invento del gato, del teléfono, de la radio o del veraneo, además de los aquí antologados, entre los que no podíamos dejar de incluir el dedicado al cine.

LA VERBENA MADRILEÑA

LA VERBENA FUE INVENTADA el año de la pera por un señor que padecía insomnio. En su primera época, e instalada en los barrios más típicos, la verbena era una cosa llena de churros, de farolillos, de limonadas, de gorras de visera, de vestidos chinoses y de farmacéuticos picarones. Sucesivamente fue enriqueciéndose con hijas del pueblo de Madrid, con honrados cajistas, con probos barbianes y con algún señorito que otro.

Atiborradas de casticismo, las gentes aquellas se dedicaban preferentemente a bailar el chotis en un ladrillo y a decir ingeniosidades. Gracias a estas circunstancias florecieron mucho en aquel tiempo las industrias cerámicas y los teatros. Sí, cada pareja llegaba a la verbena con su ladrillo debajo del brazo, y cada comadre se pasaba antes por una catedral del género chico para aprender las graciosísimas cosas que entonces se sacaban de la cabeza los autores dramáticos.

¡Era hermoso admirar la sal que las parejas derrochaban sobre el ladrillo y el salero con que las mujeres del pueblo repetían las cosas que habían oído decir a las actrices, y resultaba edificante ser testigo de la actividad desplegada por las fábricas de ladrillos y por sus colegas los autores teatrales!...

Al pasar el tiempo, la verbena madrileña fue perdiendo carácter. Sucesivamente fue extraviando un día el organillo, otro la limonada, otro el farmacéutico, otro el ladrillo, otro el gracejo... ¡Qué pena, demonios! ¿Cómo se va a poder comparar el ajeteo